

gislacion que establece, que en los prodigios que obra: en el tiempo en que vivió su doctrina era un milagro en el orden moral, como su tránsito triunfante por entre las aguas del mar Bermejo lo fué en el orden de la naturaleza; y así tambien la hermosura de su religion, de su moral y de sus leyes se une al esplendor de sus obras maravillosas para atestiguar la divinidad de su mision.

DE LA AUTORIDAD

DE LOS

EVANGELIOS.

YA, señores, os hemos presentado á Moises en tres de nuestros discursos, como el historiador mas antiguo, el filósofo mas sublime, y el mas sabio de los legisladores; y ya hemos reconocido en él al enviado del cielo y al fundador de un pueblo destinado por la Providencia á conservar el depósito de las verdades sagradas en medio de las tinieblas y de la corrupcion universal del género humano. Si hubiera entrado en nuestro plan explicaros la significacion de las figuras, del culto y de los oráculos de la antigua ley, hubiérais visto mas que nunca que era solo el emblema y preludio de la ley mas perfecta que rige al mundo cristiano de la que nos proponemos hablaros en este momento. Hasta ahora hemos estado en el vestíbulo del templo; ya es tiempo de pasar de sus puertas y

de acercarnos al santuario. Hoy, señores, vamos á llamar vuestra atencion á cuanto hay de mas venerable y mas sagrado para el cristiano, y aun podemos decir mas digno de los homenajes de todo hombre, que sin tener la felicidad de profesar el cristianismo no sea insensible á las bellezas de una moral pura, ni al heroismo de la virtud. Vamos á hablaros de Jesucristo y de nuestros evangelios, que no son mas que la relacion de sus acciones, de sus discursos, y en una palabra, la historia de su vida mortal. Jesucristo es á los ojos del cristiano la luz del mundo por su doctrina, y su modelo por sus virtudes; y los Evangelios son el código sagrado y la regla inviolable de su fe, de su moral y de su culto. Pero lo que el cristiano adora y reverencia es muy frecuentemente para el incrédulo tan solo un objeto de irrision y de desprecio, y quizá hasta de un odio profundo; y Jesucristo con su cruz y sus misterios, y el Evangelio con sus preceptos, han irritado desde el origen del cristianismo el orgullo del entendimiento y la corrupcion del corazon, y sublevado todos los errores y pasiones del género humano. La obstinacion del judío carnal y grosero; el amor del idólatra á un culto cómodo y voluptuoso, el orgullo altanero de los sofistas:

la política tenebrosa y sanguinaria de los Césares, y la supersticion recelosa de los sacerdotes de los falsos dioses, fueron desde los primeros siglos de la iglesia cristiana los enemigos que la religion tuvo que combatir. En los tiempos posteriores, y despues que triunfó con Constantino, la soberbia y la sensualidad le suscitaron enemigos hasta entre sus hijos. El novador desnaturalizó su doctrina, el indiferente la desterró de su pensamiento, el incrédulo la hizo objeto de sus burlas, y el libertino despechado al leer su condenacion en nuestros libros santos, hubiera querido desgarrar todas sus páginas. Sin embargo, hacia ya diez y ocho siglos que el nombre de Jesucristo era reverenciado en la tierra, aun por los que no eran sus discípulos: se le consideraba á lo ménos como un personage extraordinario, digno por sus virtudes del homenaje de los pueblos: se admiraba su evangelio como un libro admirable por la sencillez, la claridad y la perfeccion de sus máximas; y no ha habido uno solo, incluso Mahoma, que no haya hablado de él con los sentimientos y en los términos de la mas profunda veneracion: solo á los dias aciagos del último siglo estaba reservado producir cristianos apóstatas que disfrazasen indignamente nuestros libros santos, que

contradijesen su antigüedad, y que despues de vomitar los insultos mas brutales y bajos contra la persona misma de Jesucristo, perdiesen de tal modo el sentido que llegasen á poner en duda hasta su existencia. Con objeto de reanimar nuestra creencia sobre todos estos puntos, y de vindicarla de los ataques de sus enemigos, vamos á dirigiros algunos discursos. Empezarémos discutiendo las tres cuestiones siguientes acerca de la autoridad de los evangelios. Primera: ¿Apareció Jesucristo en la Judea en la época señalada por nuestros Evangelios? Segunda: ¿Han sido verdaderamente escritos nuestros Evangelios por los autores contemporáneos, cuyos nombres tienen, San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan? Tercera: ¿Han llegado á nosotros estos Evangelios sin alteracion alguna notable en la sustancia misma de las cosas? Tal es el plan y division de este primer discurso sobre la autoridad de los Evangelios.

Que hace diez y ocho siglos apareció en la Judea un personage extraordinario llamado *Jesus de Nazareth*, notable por la santidad de su doctrina, y mas notable aun por la santidad de su vida, y á quien el odio de los judíos hizo morir en una cruz bajo el reinado del emperador

Tiberio, es un hecho atestiguado por la creencia mas antigua, mas constante y universal; por una serie no interrumpida de testimonios escritos que se suceden y sostienen mutuamente desde su origen, y por la autoridad misma de los enemigos mas encarnizados del nombre cristiano; quiero decir, de los judíos y de los paganos. De este modo la existencia real de Jesucristo, en la época en que la coloca la historia evangélica, está mejor probada que la de ninguno de los mas famosos personages de la antigüedad, tales como Sócrates, Alejandro ó César de que nadie duda; y el no ver en Jesucristo mas que un ser fabuloso, seria no solo el colmo de la impiedad á los ojos del cristiano, sino el colmo de la demencia á los de todo hombre sensato.

Sin embargo, por si animados de una audacia mas que humana se atreviesen algunos espíritus temerarios hasta la locura á levantar en esta materia las nubes de su escepticismo, entrarémos en algunos pormenores para mas confundirlos, y harémos ver con los mas irrecusables testimonios cuanto les condena la fe pública del universo entero. Con efecto, todas las naciones, cristianas, judía y paganas, estan conformes en atestiguar unánimemente la existen-

cia de Jesucristo al principio de la era vulgar. Hablaré primeramente de las naciones cristianas. Todos saben que en todos tiempos han hecho profesion los pueblos cristianos de reverenciar á Jesus como á su fundador. Hace diez y ocho siglos que la religion cristiana se profesa sobre la tierra; pero no existiendo ántes de esta época, ni aun siendo conocido el nombre de cristiano, es preciso que haya tenido su principio y su autor; bajo cuyo supuesto, y remontándonos de siglo en siglo hasta su origen, es imposible no venir á parar en Jesucristo. La denominacion sola de cristiano atestigua nuestro origen, pues que cristiano quiere decir sectario de Cristo. ¿Y no tenemos una serie de obras de una antigüedad generalmente reconocida, que empezando por el primer siglo de nuestra era nos conducen sin cesar hasta Jesucristo? ¿Nuestros misterios, nuestro culto, nuestras fiestas, y todas las partes de que se compone la religion no se refieren á él como á la piedra fundamental del edificio? Lo primero que se nos presenta son los cuatro Evangelios, el libro de las Actas, las epístolas de San Pablo, y otros varios escritos cuya coleccion compone el Nuevo Testamento: no trato aun de examinar si todas estas obras son realmente de

aquellos á quienes se atribuyen; pero siempre será preciso confesar que traen su fecha desde el origen del cristianismo, y que han sido compuestas por algunos de los primeros sectarios de Jesucristo; ¿y no nos hablan todos de Jesucristo, de su vida, de sus acciones, de sus discursos y de su muerte, de una manera tan positiva y tan circunstanciada, que basta leerlos para ver cuán extravagante seria pensar que todo esto fuese puramente alegórico? Tambien poseemos muchos escritos del primer siglo de la iglesia cristiana, como las cartas de San Clemente de Roma, de San Ignacio, obispo de Antioquia, y de San Policarpo, obispo de Esmirna y discípulo del apóstol San Juan. Tampoco examinaré lo que deba pensarse del fondo de la doctrina enseñada en ellas, ni de los hechos particulares que refieren; pero lo que siempre es indudable, es que salieron de las manos de los mas antiguos sectarios de Jesucristo, y que todas nos le presentan como el fundador mismo de nuestra religion. Me seria fácil hacer ver que esta serie de testimonios se continúa en el segundo siglo por San Justino, Tertuliano y Clemente de Alejandría, varones eminentes en talentos y en saber, y que del seno del paganismo en que habian nacido pasa-

ron al de la religion cristiana. Todo se despo-
ma en esta divina religion si haceis desapare-
cer á Jesucristo; pero con él todo se explica y
se encadena; y lo repito, señores: todas las his-
torias, todos los monumentos, todas las tradi-
ciones, las creencias y las solemnidades religio-
sas de los pueblos cristianos suben hasta Jesu-
cristo; de modo que el no reconocerle como au-
tor de nuestra religion santa, seria mil veces
mas absurdo que no reconocer á Mahoma co-
mo autor de la supersticion que lleva su nombre.

Yo bien sé que con cotejos violentos y extra-
vagantes, con pasages truncados, suposiciones
arbitrarias y omisiones maliciosas con aparien-
cia de mentiras, se puede oscurecer todo, y de
error en error, y de quimera en quimera, llegar
hasta decir que los cristianos no han conocido
hasta ahora su religion, y que los primeros par-
tidarios del cristianismo no intentaban adorar
en Jesucristo mas que al sol; pero tambien sé
que con semejante modo de proceder no hay
locura que no se pueda propagar. ¡Y qué! se-
ñores, porque infames sectarios del tercer siglo,
llamados *Maniqueos*, hayan confundido en su
culto insensato á Cristo con el sol, haciendo
una mezcla monstruosa del cristianismo y de la
idolatría; porque calumniadores oscuros hayan

acusado á los cristianos de adorar el sol á cau-
sa de reunirse para el ejercicio de su culto el
mismo dia que los latinos llamaban *dia del sol*,
asi como se los acusaba de alimentarse en sus
misterios secretos con la carne de un niño, por
recibir en ellos la divina Eucaristia; porque, en
fin, espíritus malignos hayan observado alguna
insignificante analogía entre ciertos puntos de
los misterios de Cristo con algunas constelacio-
nes, ¿será por eso tenuta en nada la creencia
mas antigua, mas invariable y mas universal
del mundo cristiano? ¿Han de desaparecer nues-
tros monumentos históricos, que suben de edad
en edad hasta la cuna misma del cristianismo,
para que prevalezcan sus locas invenciones, y
no ha de ser Jesucristo otra cosa que el sol, y
los apóstoles que han fundado su religion otra
cosa que los signos del zodiaco? ¿Hubo jamas
un exceso mas lastimoso? ¿Conque no preten-
dian predicar mas que las virtudes del sol aque-
llos primeros propagadores del cristianismo que
proponian á la imitacion de los pueblos la cari-
dad, la dulzura, la paciencia y la santidad de
Jesucristo! ¿Y tampoco morian sino por el amor
del sol aquellos mártires generosos que daban
su sangre por la fe de Jesucristo! ¿Conque
aquellos pastores, aquellos doctores y aquellos

apologistas que combatian la idolatría y enseñaban la unidad de un Dios, criador del sol y de los astros, y que condenaban como impío todo homenaje que no se dirigiese á este solo Dios verdadero, trabajaban sin embargo y se exponian á la muerte por establecer el culto idolátrico del sol! ¡Y vos tambien, ó gran Pablo, cuando en esas cartas dirigidas á las ciudades mas florecientes del imperio romano predicábais tan solemnemente á Jesucristo muriendo en la cruz por la salvacion del mudo, tampoco creíais predicar mas que la religion del sol! ¡O vergüenza! ¡O delirio de la razon humana! Lamentemos tan enormes extravíos. Pero no: felicitemos mas bien al cristianismo por hallarse sus enemigos reducidos en nuestros dias á combatirle con tan extrañas puerilidades.

Pasemos al testimonio de la nacion judía que he alegado en segundo lugar. Nadie ignora que principalmente en los primeros tiempos del cristianismo se suscitaron disputas muy vivas entre los judíos y los cristianos; pero es cosa inaudita que los primeros hayan contradicho nunca el hecho mismo de la existencia de Jesus: han podido, sí, tratarle de mágico, calumniarle y llenarle de injurias; pero á esto se han limitado sus ataques, y estos mismos suponen su existen-

cia. Véamos ademas con cuanta concordancia la atestiguan sus monumentos; ¡y qué mejor testigo que Josefo, autor contemporáneo? Yo consiento en no valerme de un pasaje de este historiador que ha llegado á ser famoso por las disputas de los criticos modernos; pero citaré uno tomado de sus *Antigüedades judaicas* (1) que no es posible contradecir juiciosamente, y que basta para nuestro designio de establecer la existencia real de Jesus. En ellas nos dice que el gran sacerdote Ananías reunió un consejo ante el cual citó á Santiago hermano de Jesus (2), á quien llamaban *Cristo*, como tambien á algunos otros á quienes hizo condenar á ser apedreados, por haber violado y traspasado la ley; ¡y se dirá que Santiago, citado ante el tribunal de los judíos, era una constelacion pariente del sol? Todo es groseramente absurdo en el sistema que combato. Se ve ademas en su talmud, obra que trae su fecha desde el segundo siglo, que los judíos han continuado contra Jesucristo las acusaciones de sus padres: pero

[1] Lib. XX, cap. IX, n. 1.

[2] Los judíos llamaban *hermanos* á los primos hermanos y á otros parientes cercanos. Podrian citarse ejemplos si fuesen necesarios, pero todos los intérpretes de la Escritura estan conformes sobre este punto.

tambien se ve que nunca han pensado poner en duda su existencia: ¡tan constantes y universales eran las tradiciones sobre este punto tan fácil de apurar!

¿Y qué dirémos de las naciones paganas? Escuchad á sus escritores mas inmediatos al origen de las cosas. Tácito os dice en sus *Anales* [1], que el nombre de cristiano viene de Cristo, el cual fué condenado al suplicio bajo del reino de Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de la Judea. Plinio el jóven en su carta á Trajano le dice que los cristianos acostumbraban reunirse un dia señalado para cantar himnos en honor de Cristo; y Luciano de Samotracia que vivió en tiempo de Trajano nos dice en su historia de la muerte de un filósofo llamado Peregrin, que este habia aprendido en la Judea la doctrina de los cristianos; y añade en tono de mofa: „Estas gentes adoran á ese „grande hombre que ha sido crucificado en la „Palestina, porque ha sido el primero que ha „enseñado á los hombres esta religion.” Lampridio, en la vida del emperador Alejandro Severo, nos dice que este príncipe tenia costumbre de honrar á Cristo todas las mañanas, y

[1] *Annal.* lib. XV. cap. XLIV.

que aun habia querido edificarle un templo. En fin Celso, enemigo sutil y sabio de los cristianos; Porfirio, filósofo hábil á juicio de San Agastin; Juliano, cuyo entendimiento y malicia conoce todo el mundo, y Hiérocles, magistrado pagano, cuya noticia nos ha conservado Eusebio, todos cuatro han empleado todo su ingenio y talento contra la religion cristiana; pero ninguno pensó jamas en impugnar el hecho de la existencia de Jesucristo. He aquí ya á las naciones, los siglos y los escritores mas graves y mas próximos al origen de los hechos, unánimes todos y conformes sobre la existencia de Jesucristo en la Judea, y sobre su cualidad de fundador del cristianismo. ¡Qué impudencia, qué falta de lógica no seria comparar este conjunto irresistible de pruebas históricas con algunas tradiciones populares sobre varios personajes fabulosos, en las cuales no hay ilacion, ni enlace, ni apoyo en el testimonio de autores contemporáneos, ó en la conviccion de los hombres ilustrados! Esto seria comparar la luz con las tinieblas, y pretender que no hay verdadera historia porque haya relaciones fabulosas. Antes, con efecto, podrian impugnarse con fundamento todos los hechos de la antigüedad, que hacer dudoso el que nosotros acabamos de sen-

tar; pero ¿para qué detenernos en probar lo que es mas claro que el sol? Si; se hubiera querido desterrar de la sociedad cristiana á Jesucristo su fundador, por la misma razon que se ha intentado desterrar del universo al gran Dios que le ha creado. Los errores se enlazan lo mismo que las verdades; y cuando una vez ha caído el hombre en las tinieblas del ateismo, se oscurece su inteligencia, se extingue en él el gusto por la verdad, se familiariza poco á poco hasta con lo mas extravagante; y pervirtiéndose insensiblemente su entendimiento, miente con descaro, y propaga por último sin freno, y casi sin advertirlo, los mas locos errores: siendo los desgraciados que llegan á tal grado de cinismo los únicos que no se avergüenzan de su monstruosa singularidad.

¿Pero en dónde se encuentra la historia de Jesucristo? En nuestros evangelios. ¿Pero han sido compuestos por sus apóstoles y discípulos San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, cuyos nombres tienen; ó, hablando en el lenguaje de la crítica, son auténticos nuestros evangelios? Esta es mi segunda cuestion.

Entremos en materia con un incrédulo, y preguntémosle: ¿Hay en la antigüedad obras cuya autenticidad pueda establecerse por prue-

bas capaces de convencer á todo hombre que no quiera entregarse al mas extremado pirronismo? ¿No seria tenido por un insensato el que se atreviese á disputar á Demóstenes, á Ciceron y á César las obras que llevan sus nombres? ¿Cómo fué mirado en el mundo sabio y literario el famoso padre Hardouin, cuando trató contra la fe de todos los siglos de arrebatár á Virgilio la gloria de haber compuesto la Eneida? Ciertamente que os avergonzaríais de hacerlos discípulos de este profesor de paradojas, porque haya sabido apoyarlas en razones aparentes: pues bien, seria arrojar-se á iguales extravios el disputar á los discípulos de Jesucristo los libros reverenciados bajo de su nombre por todas las Iglesias cristianas. ¿Qué puede en efecto exigir en esto la crítica mas severa? ¿Queréis que la autenticidad de nuestros evangelios esté apoyada en una tradicion universal, inmemorial y aun escrita de las sociedades cristianas? ¿Que lo esté igualmente en la confesion de aquellos mismos que debian ser los enemigos naturales de estos libros, y por último queréis que se funde en la imposibilidad de asignar una época en que haya podido un impostor fingirlos con buen éxito? He aquí ciertamente con que contentar el entendimiento mas escrupuloso. Por-

que á la verdad, ¿hay alguna obra de la antigüedad profana que reuna tantos y tan brillantes caracteres de autenticidad? Estos son sin embargo los títulos que afianzan la de nuestros cuatro evangelios.

He dicho primeramente que estaba apoyada en la tradicion constante é inmemorial de las sociedades cristianas. Consultad en efecto á todos los pueblos cristianos esparcidos sobre la superficie de la tierra, y que os digan cuales son los títulos de su origen, de su creencia, de su moral y de su culto: los hallaréis discordes en algunos puntos de doctrina ó de disciplina; pero conformes todos os presentarán los cuatro evangelios como el fundamento de su religion. ¡Cuán admirable es en efecto esta conformidad! No hablamos aquí de libros insignificantes, sin relacion con los dogmas religiosos y con las reglas de las costumbres, y que por consiguiente solo inspiren á los cristianos un interes comun. Tampoco de libros confinados en los gabinetes de algunos curiosos, hojeados tan solo de un corto número de aficionados, y por lo tanto poco comunes: ménos aun de libros conocidos solamente por rumores ligeros y vagos, y acreditados solo entre las clases ignorantes del pueblo. No, cuando se citan los evangelios se habla

de libros que son el fundamento de la religion de un gran número de naciones; de libros que por su misma importancia han debido excitar constantemente la atencion del mundo cristiano, hallarse en las manos de las clases ilustradas de la sociedad; ser la regla perpétua de los pastores de las iglesias, y ser por consiguiente discutidos y examinados en todos los tiempos con el mayor cuidado y la mayor severidad. Y ¿cómo es posible que el mundo cristiano se haya dejado engañar hasta el dia acerca de estos libros, y que tantos pueblos de diferentes climas y opuestos en costumbres y en language, se hayan convenido, desde los tiempos mas cercanos á los hechos, en mirar como procedentes de los apóstoles obras que realmente estos no habian escrito?

Los incrédulos se ven obligados á confesar que los evangelios que nosotros tenemos eran ya, en el discurso del siglo II, conocidos, citados y reverenciados como obra de los primeros discípulos de Jesús; y de este hecho podemos citar testigos irrecusables. El primero será San Justino. Nacido al principio del siglo II, y despues de haber profesado la filosofía de Platon, abrazó el cristianismo á la edad de treinta y ocho años: vió si no á los apóstoles, á lo ménos

á sus primeros discípulos; y hácia el año CL presento á los emperadores romanos Antonino Pio, Marco Aurelio y Vero, y al senado y pueblo una *Apología* á favor de los cristianos. En ella dice que el uso de las Iglesias cristianas era leer en sus reuniones esos escritos de los apóstoles que llaman *Evangelios*, y tanto en esta *Apología* como en otra mas corta, cita una multitud de pasages de ellos que aun leemos en estas. El segundo testigo es el sabio obispo de Leon San Ireneo, que pasó del oriente á las Galias, despues de haber sido discípulo de San Policarpo, el cual lo fué del apóstol San Juan, y cuyo solo testimonio es de un peso inmenso. Este en su obra *Contra las heregias* (1) dice expresamente, que no hay ni mas ni ménos de cuatro evangelios, y cita precisamente por sus propios nombres á nuestro cuatro evangelistas. Esta cadena de testimonios sobre la fe del siglo II se continua por Tertuliano, Clemente de Alejandría y Origenes, aquellos varones tan doctos y tan hábiles. Ahora bien, señores, yo os pregunto: ¿á quién deberémos creer mas, acerca de la antigüedad y origen de nuestros evangelios, á un crítico orgulloso del siglo XVIII que

(1) Adv. her. I, III, cap. I, II, n. 8.

suscita dudas frívolas, ó á las Iglesias cristianas que desde el siglo II profesaban el mas profundo respeto á nuestros evangelios como procedentes de los apóstoles mismos? Es digno de notarse que el oriente y el occidente, el Asia menor, la Grecia, el Egipto y la Italia recibieron la fe inmediatamente de los primeros fundadores del cristianismo; por consiguiente, ¿quién mejor que las iglesias fundadas por los apóstoles podian conocer todo lo relativo á ellos? Y ¿de dónde puede provenir esa conformidad con que tantos pueblos han atribuido los evangelios á los apóstoles en el siglo II, sino del testimonio unánime de sus predecesores? Este es el segundo eslabon de una cadena de la que el primero está unido á la cuna misma del cristianismo: es una herencia que los hijos recogieron de sus padres, y por consiguiente la creencia tan firme, universal y al mismo tiempo incontestable del siglo II acerca de nuestros evangelios, supone evidentemente la creencia del primero.

¿Pero nos faltan acaso del todo en el primer siglo documentos que alegar? Es cierto, señores, que no nos ha quedado de él mas que un corto número de escritos, y la razon os parecerá sin duda muy natural. En el origen del cristianismo se trataba de propagarle mas por me-

dio de la predicacion que por medio de escritos. Los libros son fruto del tiempo y del sesgo, y ejerciendo los gefes de las iglesias nacientes su divino ministerio entre contrariedades y peligros de toda clase, no hay que admirarnos de que el primer siglo fuese ménos fecundo en escritos que los siguientes. Nos ha dejado sin embargo lo bastante para dar testimonio de nuestros evangelios; tenemos dos cartas de S. Clemente Romano, varias de S. Ignacio, obispo de Antioquía, una de S. Policarpo, obispo de Esmirna y discípulo de S. Juan, la epístola de S. Bernabé, que si no es suya, es á lo ménos de un escritor apostólico, el libro del Pastor por Hermas, y en fin, algunos fragmentos de Papiás, obispo de Hierápolis, que nos ha conservado Eusebio (1). Este último nombra á S. Marcos y á S. Mateo como escritores de las acciones y discursos de Jesucristo. En cuanto á los otros escritores del primer siglo, hicieron lo mismo que aun ahora hacen todos los autores ascéticos y los oradores cristianos, y es citar en globo los libros santos, sin indicar ni el libro, ni el capítulo, ni el escritor sagrado á que se refieren, limitándose á decir:

(1) *Hist. Eccles.* lib. III, cap. XXXIX.

* *escrito está, el Señor ha dicho, ó como dice el evangelio;* pero lo que hay que advertir con particularidad es, que nuestros apologistas han extractado de estos diversos autores del siglo de los apóstoles gran número de pasages que leemos aun en nuestros evangelios, ó que aluden manifiestamente al texto evangélico.

¿Y qué podrá decirse para debilitar esta antigua creencia de las iglesias primitivas, esta serie de testimonios que comenzando en el primer siglo se desarrollan con tanta claridad y fuerza en el segundo y en los siguientes? ¿Se querrá acaso desecharlos vagamente, pretextando la supuesta ignorancia y credulidad de aquellos primeros tiempos? Algun dia, señores, será esta vaga acusacion objeto de un discurso particular: hoy me limito á algunas reflexiones cortas pero suficientes. ¿Sabeis quienes eran un gran número de pastores, de pontífices y doctores de las iglesias primitivas? Eran judíos ó paganos ilustrados que habian abrazado el cristianismo, y que ántes de abandonar la religion de sus padres, habian tenido que luchar contra las preocupaciones del entendimiento ó las pasiones del corazon, y por esto su testimonio acerca de la autenticidad de nuestros evangelios es tanto mas irrecusable.

cuanto tenían interés en examinarla mas detenidamente, y tocaban ademas al origen mismo de las cosas. Poseemos las obras de muchos cristianos de los tres primeros siglos, obras que descubren tan claramente la sabiduría de sus autores, como la sublimidad de sus ingenios. A esto se dirá acaso que los cristianos no deben ser oídos acerca de sus libros sagrados, porque son sospechosos en causa propia. ¿Pero desde cuando acá se ha imaginado despreciar el testimonio de un pueblo en lo concerniente á sus leyes, sus costumbres, su religion y su historia? ¿Puede racionarse así á no estar alucinado por ese odio manifesto ó secreto jurado al cristianismo? ¿Cuántas cosas hay en la historia de la antigua Grecia que no son conocidas sino por los autores griegos, y de las que sin embargo nadie duda! ¿Cuántos sucesos del pueblo romano creemos únicamente bajo de la fe de los historiadores latinos! ¿Se haría el menor caso de un extranjero, que sobre hechos memorables de nuestra historia nacional, despreciase todos nuestros monumentos, todas nuestras mas seguidas y enlazadas tradiciones bajo del ridículo pretexto de que los franceses no deben ser creídos en lo concerniente á su historia?

Se piden á favor de la antigüedad de nuestros evangelios otros testimonios que los de los pueblos cristianos: ningun derecho hay para exigirlo; pero sin embargo tenemos con que satisfacer este deseo por mas caprichoso é injusto que sea. Los libros de la ley nueva tuvieron por enemigos desde los primeros tiempos ya á los judíos que profesaban á los discípulos de Jesucristo el odio que habian profesado á su maestro, y ya á los sofistas paganos que se armaban contra los cristianos, por todos los medios que podian suministrarles el talento y el saber. ¿Y se los ha acusado nunca á los cristianos de reverenciar como propias de los apóstoles las obras de un vil falsario? No, jamas se han intentado contra ellos semejantes acusaciones. ¿Ha tenido la religion cristiana enemigos mas hábiles y mas sagaces que Celso, Porfirio y Juliano? Ellos conocian perfectamente nuestros evangelios, tomaban allí argumentos contra el cristianismo, se burlaban de la doctrina que enseñan, pero nunca se ha oído que hayan suscitado la mas leve duda acerca de su origen; y esto á pesar de que tenían el mayor interés en presentarlos como fabricados por un impostor. Este era el verdadero modo de minar el cristianismo por sus cimientos, y de cubrir de opro-